

tito a cazar ratones. Cuando el gato no corría detrás de ellos, el hombre le pegaba, lo que dió por resultado que el animalejo no se atrevió ya nunca a cazar ratones por temor a una paliza. «Este es el hombre que me enseñó latín», añade Tchekov. Las gatas enseñan a sus hijos a cazar ratones, pero no antes de que haya despertado su instinto. Entonces los gatitos están ya de acuerdo con sus madres en que vale la pena de adquirir ese conocimiento, y, por lo tanto, no hace falta la disciplina».

Delicioso libro, lleno de reflexiones y de enseñanza, de sugerencias y de insinuaciones, su lectura es más valiosa que la de una novela. Enseña a pensar y a expresar lo que se piensa.—*M. R.*

VIAJES

BAJO EL SIGNO DEL CLÍO, por *Ricardo Baeza*.

Con el doble interés que nos despierta la personalidad de don Ricardo Baeza, por su carácter de representante de la República Española en tierra nuestra y de traductor impecable de escritores egregios, hemos leído su último libro (1) con tal avidez que lo rematamos insensiblemente, como si nos hubiese azuzado una trama compleja, anhelosos de sorprender el desenlace.

No obstante ser este libro un conjunto de crónicas periodísticas en que encuentran cabida los más disímiles asuntos, hay en él una inquebrantable unidad de estilo, dentro de la gama que exige la variedad

de los asuntos que a Baeza le preocupan: grave y enjundioso cuando aboca el comentario de los problemas internacionales, mesurado y sereno cuando hace la necrología de Lenin o de Wilson, ligero y pintoresco cuando nos habla del Derby, poético y alado cuando nos evoca la naturaleza ubérrima del Brasil o las bellezas paradisíacas de Mallorca. Páginas de antología son las en que se refiere a su vida en la isla mallorquina, donde el hombre discreto y ecuánime que hay en Baeza no pudo contener el desborde admirativo:

Se me antoja—dice—que quien no haya paseado un anochecer de primavera por estos valles de Mallorca, no sabe aún lo dulce que puede ser la vida, sólo con mirar en torno, y lo inefable de esta remembranza patriarcal, cuya concepción se nos trueca de pronto en sentimiento.

Pero la generosidad de Baeza a través de su evocación adquiere tal relieve pictórico, que nosotros podemos recorrer con él, gozosos y recogidos, esos:

Campos alberos y almagrales, alternando pintorescamente sus blancos y rosas, ya sombreadas por la noche entrante; trigales y cebadales tiernos, con su oleaje y rumor de mies, al amparo de estos insignes olivos milenarios que parecen presidirlos como deidades protectoras; bancalles de hortalizas, ya sumidos en la sombra, que más que caer del cielo va subiendo de Tierra...

Y así, en compañía de Baeza hemos llegado a ese ideal de vida quie-

(1) Ediciones. Ulises Madrid, 1931.

ta que reclamaba Rubén en una de esas casitas mallorquinas, ocultas entre riscos,

con un monte detrás y con la mar delante. . .

Tenemos en Baeza al poeta que se hunde en la naturaleza y que de ella emerge para decirnos en palabras rumorosas su goce admirativo, ocultándose pronto dentro de la gravedad de los problemas contemporáneos, a fin de darnos la medida exacta de ellos, o evocar con esa misma justicia y amplitud la memoria de algunos hombres actuales que por su fe en alterar violentamente el ritmo de la historia, han recibido el juicio condenatorio e implacable de sus contemporáneos. Así, al evocar la memoria de Lenin con motivo de su muerte, lo hace con tal comprensión, que no podemos dejar de transcribir éstas, sus palabras justas y humanas:

Habrá quien considere incompatible el creer equivocada y nefasta la obra de Lenin con la admiración al hombre; pero, los que así juzguen, poco saben de las cosas humanas, de que éstas casi nunca son como las quieren los hombres, y que, muchas veces, detrás de una acción o una vida mínimas se esconde un hombre máximo. Así, Lenin pudo errar en su doctrina y en la ejecución práctica de esta doctrina, y acaso el tribunal de la historia tenga que exigirle una cuenta terrible, aunque, acaso también, inscribáse su nombre en el santoral de los bienhechores de la humanidad, ya que nadie puede aún presumir la mies que contenga en sí tal simiente; pero este hombre era puro y quería el bien de los hombres, y

no quería el propio goce. Por mucho que se le pode y disminuya, siempre quedará un idealista y un asceta, y el carácter más tenaz y más dinámico de estos tiempos.

Ninguno de los más inquietantes problemas que agitan a la humanidad dejan de ser pulseados por Baeza y al hacer sus comentarios pone en ellos el juicio del sociólogo avizor y amplio que con visión filosófica atalaya el porvenir. De ahí el valor trascendente de muchas páginas de este libro. Así, al comentar la cruzada antirreligiosa de los soviets, exprésase con tal transigencia y elevación, que no sabemos por qué estas siguientes palabras suyas podrían encontrar resonancia en la Península en los momentos actuales y hacer meditar al señor Azaña:

Pero acabar con una Iglesia no es acabar con el sentimiento religioso, que es lo que cuenta. Los prohombres bolcheviques han procedido en esto con su acostumbrada falta de psicología. No es degollando confesores, y destruyendo templos, y amontonando la blasfemia y el sacrilegio como se destruye el sentimiento religioso. La más elemental experiencia histórica enseña que no hay obreros de fe más activos que los mártires y que nada fortalece tanto una Iglesia como una persecución.

Y, podríamos agregar, no sólo la fe religiosa es fortalecida con la persecución, sino que cualquier idea que se haya hecho carne y espíritu en el pueblo, y que constituya para él una esperanza mesiánica, aunque se fundamente en principios científicos e históricos incomprensibles a las mentes plebeyas.

La perfección y riqueza lexicográfica del estilo, la amplitud de las perspectivas históricas, la agudeza de las apreciaciones, el vigor poético de las evocaciones de la naturaleza, aseguran a este libro un valor permanente; y por eso Clío debe acogerlo como una de esas obras destinadas a perdurar.—*Milton Rosset.*

POESIA

IMAGEN, por *Fernando Diez de Medina.*

El segundo libro de este joven poeta boliviano, que ya se hiciera aplaudir con la primicia de su «Clara Senda», señala un visible progreso en la forma y una fuerte sencillez en su ideología y en la emotividad.

Colorista de ojo certero y de paleta sin extravagancias, sabe mostrarnos sus paisajes estilizados, y poner en ellos, tal una leve pincelada gris, la inquietud perenne de su corazón romántico.

Juventud de hombre y de artista, que no busca lo trascendental ni en el sentido ni en la expresión, esta «Imagen» (1) de Fernando Diez de Medina no quiere asombrarnos. Le basta con ser canto melodioso, estremecido por la alegría y el dolor de vivir.

Poeta muy de su tiempo—y puede llegar a ser, por esto mismo, de siempre—halló el camino de su temperamento sin grandes balbuceos, y va por él con la seguridad

del que tiene su estrella para atravesar la noche enmarañada.

Un peligro, y no pequeño, encierra la sencilla manera poética de Diez de Medina: caer en la vulgaridad. El poema 7 de sus «Estancias de la pena fiel», pobre de contenido y sin toques novedosos en el verso, es muestra clara de peligrosa sencillez.

Cuando el autor de «Imagen» logre una síntesis mayor tendremos en él a un alto poeta de América.

EL NIÑO QUE QUIERE TENER ALAS,
por *Estrella Julio.*

Sencilote, sin belleza literaria, este libro de versos para niños. Si es difícil para un poeta escribir la obra que haga estremecer los corazones infantiles, conservando en su sencillez ideológica la belleza de la forma, es tarea sobrehumana cuando la emprende quien no posee dotes líricos.

Estrella Julio, a pesar de su loable intención y del esfuerzo que su libro (1) representa, no logra darnos una sola nota bella y original en estos poemas infantiles que comentamos.

Espíritu no adaptable a la imaginación de la infancia, cree suplir con el uso constante y fastidioso de los diminutivos la sensación de candor que no logra dar. Dice en unas estrofas de la página 19:

Las cabras loquitas
hacían crujir
con sus dientecillos
la brizna sutil,

(1) Editorial América, La Paz, Bolivia, 1931.

(1) Imprenta Mercurio, Rengo, Chile, 1931.